

ETNOGRAFIA *

Breve estudio sobre la etnia y sus raíces

Llamamos Etnia al conjunto de seres humanos que tienen una cultura determinada. El nivel de vida que supone el término cultura no es tema sencillo, pues nos llega diversificado. Los medios de subsistencia, los conocimientos que tenemos del hombre y del universo, la sociedad y los medios de comunicación (lengua y relaciones sociales), el saber y la técnica, el comportamiento y la religión, son cosas que crea y realiza el hombre en todas partes, atendiendo al lugar y medio en que se encuentra, así como a la familia, a la vecindad y al pueblo.

La cultura no es, sin embargo, un nivel de vida que el hombre o la sociedad ha alcanzado una vez para siempre. La cultura, como todo lo demás, va evolucionando. Si en los tiempos primitivos la piedra y la madera fueron los instrumentos de trabajo, posteriormente usamos el hierro y otros metales. Las primeras ocupaciones fueron la caza, la recolección y algunos trabajos manuales; posteriormente nuestros antepasados se dedicaron preferentemente a la ganadería, a la pesca, a la labranza y a la ferrería. Antiguamente la tierra era propiedad comunal; más tarde los terrenos más asequibles aparecen repartidos entre particulares. Antes imperaba la idolatría, después el cristianismo.

Veamos, aunque sea brevemente, los aspectos de la cultura vasca y algunos factores que han influido en la misma.

El medio físico

El País Vasco se halla en la depresión mayor del Pirineo, abrazando el Golfo de Vizcaya. Tiene como límite al Norte el río Adour o Atturri y por el Sur el Ebro.

Hacia las alturas es montañoso con numerosas cañadas; en lo restante, anchos valles y llanuras.

La superficie está, en general, cubierta de hierba y poblada de árboles que alternan con aloramientos de roca viva. Abundan las fuentes y los ríos, sobre todo en la región septentrional. Son también numerosos los manantiales de aguas ferruginosas, sulfurosas y de otros minerales.

Predomina la piedra caliza sobre la pizarra y la arenisca. Los minerales, sobre todo el hierro, los hay en diversos lugares.

El clima es generalmente suave. Pero lluvioso, a causa de la influencia del océano en el lado Norte; más seco y más caluroso en el Sur, principalmente durante el verano.

Es región que atrae a los animales herbívoros por la benignidad de su clima y por la abundancia de sus pastos; animales que sirven de alimento al hombre

* Sacado del libro *Eusko Lurra - Geografía del País Vasco I*, ps. 273-304, San Sebastián: Etor. 1979.

/ le ayudan en su trabajo. Los ríos y el mar crían también muchas especies de animales que los pescadores capturan para sustento de los suyos y de una gran parte de la población.

En esta tierra vive y ha vivido el vasco. Ni qué decir tiene que este aspecto de nuestro país, con sus elementos y su relieve accidentado, no sólo es base y soporte de nuestra existencia y de nuestro desarrollo cultural, sino también el medio normal que nos provee de alimentos y de otros materiales que hacen posible y cómoda nuestra vida, marcándonos así con su sello peculiar.

PAISAJE HUMANIZADO

La tierra, pues, deja su rastro en el hombre; éste, a su vez, deja su huella en la tierra y la transforma.

Nuestras tierras se nos presentan con revestimiento toponímico o de nombres vascos; revestimiento que tiene diversos aspectos y matices: algunos nombres nos indican la naturaleza del lugar; otros, la utilización y la forma de los términos designados, etcétera.

Desde la Mesa de los Reyes hasta Zalama hay un sinnúmero de nombres toponímicos. De éstos, muchos señalan la forma, la calidad o naturaleza del lugar, Lexe, Ori, Auski, Apanize, Irati, Ausa, Iparla, Artzamendi, Meatse, Atxuri, Ayako-arri, Urdaburu, Sayoa, Ernio, Ganbo, Putterri o Bueitarri, Leizadi, Murumendi, Aitxu, Beriain, Andía, Urbasa, Aratz, Aizkorri, Arlabán, Anboto, Itxina, Gorbeia, Badaya, Untzueta, Arbalitza, Ordunte, etc.

Otro grupo de topónimos se refiere a *Larre* «pasto», como Larregory, Larraine, Petilarre, Larralde, Larrondo, Larrezabala, Haldunlarre, Larrune, Larría, Larretxe, Arreskularre, Larrabide, Ondolar, Larre, San-Lorentzolarre, Larrunarri, Aralar, Arbelar, Larrezarreta, Larrate (en el Valle de Mena), etc.

He aquí unos topónimos compuestos por *saroi* «majada», *sala* o su equivalente *goria*: Salaberria, Salhagane, Lapursaroi, Eskisaroi, Sarobe, Sarabe, Lauztiko-saroi, Perusaroi, Saroizar, Salzar, Saratxo, Sarate, Zarate, Andiamendi'ko sariak, Korta-arriak, Kortaberri, Arimekorta, Algorta, Ganekogorta, Ayakorta, Balgorta, etc.: nombres todos localizados entre Zuberoa y Vizcaya.

En el grupo de nombres toponímicos con sufijo «soro» y «solo», referidos a tierras labradas y amojonadas, citemos por ejemplo: Sorohandia, Othesoro, Iratisoro, Ibarsoro, Ataunsoro, Sabiagasoro, Soraberri, Sorotxo, Letrausolo, Solotxipi, Solozar, Larrasolo, etc., todos repartidos entre Zuberoa y Carranza. A este grupo pertenecen los *pelotasoro* o campos de pelota, como los de Elokadi, collado de Ehiartze, collado de Mearroztei, collado de Gatzela (en Urepel), Sorain y collado de Astakarri (en tierras de Erro), Iraxelai, collado de Urbía, Urtelai (en Zugarramurdi), Irazako (Echalar), Ihizelai (Ascaín), Pilotasoro (Oyarzun), Pelotasoro de Aralar, Pelotaleku (en Maumendi de Ataun), etc., nombres que recuerdan un aspecto del modo de vida pastoril de antaño, en el que influyó la existencia del lobo que obligaba a los pastores a permanecer constantemente cerca de sus ovejas.

Topónimos que recuerdan fábricas o ferrerías son también numerosos, entre los cuales citaremos: Ibarrola, Ondarrola, Olhabaratza (St. Pée), Olhabide (Sara), Olaberria (Oyarzun), Elkorriko-ola, Larruntzako-ola (Ataun), Olaa, Olalde (Oñate), Landisola, Zamakola (Dima), Olabarria, Olabarrieta, Olahe-
ta (Baracaldo), etcétera.

Los siguientes nombres toponímicos recuerdan minas (en vasc. *mea*): Mea-
tse (Bidarray), Meapotzueta (Sara), Meazulo (Atáun), Meatzeta (Aizkorri), Me-
na, etc.

Son muchos los topónimos con componente «Kurutze» o «Gurutze», como Irukurutzeta (en Larraine o Larrau), Kurutxet (Mendibe), Burdingurutzeta, Gu-
rutzeta (Atáun), Arkutze, Somokurzio, Kurzio, Irukutzeta, Kurutzeberri, Ku-
rutzaga, Kurutzegana, Kurtzia, Kurtzegan, Kruziaga (Güeñes), etc.

Estos nombres y muchos más, reflejos y señales de la cultura vasca, recopi-
lados convenientemente, fueron material importante para el estudio de diver-
sas fases del proceso histórico de nuestro pueblo.

DISPERSION DE LAS TIERRAS Y CASAS

Nuestros antepasados han puesto, pues, numerosos nombres a las tierras, pero también han puesto sus manos en la preparación de lugares de caza, han delimitado los pastizales, han plantado árboles, han cultivado los campos la-
brándolos y cercándolos, han levantado refugios, establos y casas.

Todas estas actividades tienen mucho que ver con nuestra tierra, mar, ríos y clima. Los parajes sombríos y los sitios soleados influyen en esto, si bien de modo diferente.

Las casas y los barrios no se hallan distribuidos al azar. El mar, el río, las minas, condicionaron sin duda la ubicación de Bilbao. Algo parecido pode-
mos decir de Bayona, San Sebastián, Fuenterrabía, Deva, Lequeitio, Bermeo, etc.

Atendiendo a los ríos, a los cruces de caminos a pasos naturales parecen for-
mados los pueblos de Tardets, Mauleon, Sain-Palais, Hasparren, San Juan Pie de Puerto, Baigorri, Elizondo, Pamplona, Irurzun, Tolosa, Beasain, Alsasua, Azpeitia, Salvatierra, Estella, Durango, Marquina, Guernica, etc.

A lo largo del País Vasco aparecen distribuidos nuestros pueblos, caseríos y majadas con arreglo a paisajes anárquicamente dispersados. Los campos co-
munales se hallan, por lo general, en los montes altos y, en su límite inferior, están situados muchos caseríos, de suerte que éstos puedan practicar la gana-
dería echando su ganado a los pastos comunes y labrando las tierras que que-
dan abajo.

En los pastizales de altura se hallan las majadas de verano de los pastores, como las de Lexe, Antze, Ori, Auski, Itze, Askonobi, Irati, Oraate, Artxilondo, Ortizanzurieta, Gorramendi, Elazmuno, Belarzinketa, Orin, Aralar, Andía, Urbasa, Entzia, Joar, Toloño, Izkiz, Aizkorri, Anboto, Oiz, Gorbea, etc. Las majadas de estos montes parecen asentadas en los hogares de los pastores

neolíticos de nuestra región. Es que diversas huellas de los pastores de aquella época y de las siguientes (sepulturas y fondos de cabaña, sobre todo) se hallan precisamente en tales lugares.

Los valles, las llanuras y las tierras bajas se prestan para ser cultivados. En estos lugares surgió primeramente la agricultura, y aún hoy perdura.

La labranza dio origen a muchas casas y pueblos. Partiendo, sobre todo, de la Ribera hacia el Norte, casi todos los pueblos de las llanuras se nos presentan dedicados a la labranza siglo tras siglo, si bien ligados en muchos casos al viejo modo de vida ganadero o dominados por él.

Las minas subterráneas han ofrecido otro campo de trabajo. Respondiendo a esa opción nacieron la minería, el carboneo y las ferrerías. Estas actividades dieron origen a muchas casas y pueblos, como lo demuestran muchos topónimos compuestos de «ola» que hemos mencionado arriba.

En los siglos precedentes la industria era, entre los otros modos de vida, una actividad complementaria en muchos lugares. Hoy, sin embargo, ella ocupa el primer puesto entre los modos de vida de la mayor parte de nuestros pueblos. El desarrollo de esta actividad ha ocasionado la inmigración de muchos obreros y un crecimiento extraordinario de los pueblos y ciudades.

En muchos lugares del País Vasco, el temor al pillaje y a las guerras impuso el agrupamiento de muchas casas en sitios adecuados para la defensa, como parece haber ocurrido en Vitoria, en Laguardia, en muchos otros pueblos de la Rioja y de la Ribera de Navarra edificadas en lo alto de las colinas. Pero también son muchos los pueblos desparramados acá y allá en sitios que facilitan el trabajo y la ayuda mutua, sobre todo en la Llanada de Alava, en la Barranta de Navarra, etc.

Podemos decir, por lo tanto, que estos nuestros pueblos de hoy siguen respondiendo, en cierta medida, a la tierra y a las costumbres de los antiguos vascos tanto en lo que se refiere a su situación como a sus modos de vida.

GANADERIA

En tiempos antiguos nuestros antepasados se dedicaron a la caza. Era ésta su principal dedicación. Sin embargo, al correr de los siglos la caza fue disminuyendo, debido principalmente a la suavización del clima con la consiguiente multiplicación de los pastizales, mayores posibilidades para obtener alimentos vegetales y condiciones más favorables para la domesticación de los animales.

Nuestros antepasados aprendieron, pues, a domesticar a los animales salvajes: vacas, caballos, cabras, jabalíes, etc., a multiplicarlos y, de esta manera, lograron un modo de vida más tranquilo.

Trajeron también la oveja y la convirtieron en un medio muy provechoso para su alimentación.

Las aguas y los pastos de nuestra región —propiedad del pueblo o del linaje o tribu en los siglos antiguos— eran abundantes, lo que permitía que circularan en estos valles y montañas numerosos pastores y rebaños. Como zona axial

de aquel modo de vida puede considerarse la formada por las montañas arriba citadas, desde Lexe hasta Ordunte. Testimonio de este hecho son los dólmenes y los crónlechs desparramados en esos pastizales, enclavados en lugares adecuados para el pastoreo, de modo semejante al de las majadas de nuestros días. No podemos pasar por alto los megalitos de Carranza, Guibijo, Badaya, Gorbea, Urbía, Urbasa, Entzia, Aralar, Irukutzeta, Igoín, Jaizkibel, Larrun, Ibañeta, Baigura, Zaho, la región de Lindus, Olobi, Irati, etc.

En esas tierras continúan todavía los vascos de hoy el mismo modo de vida, aunque algo amenguado. En los mismos sitios pacen aún las ovejas, las vacas, las yeguas, las cabras y los puercos.

Existen todavía en los montes de Goizueta vaquillas rojas salvajes. Las hemos conocido también en Gorbea, en Izaspi, en Aralar, en Larrune y en los montes de Leiza.

La sazón de los pastos no llega a todas partes en la misma estación del año. En los montes altos es en verano; en las colinas y valles bajos, en invierno; en los niveles intermedios, durante las otras estaciones. Esto dio origen a la trashumancia de los rebaños y de los pastores, que perdura todavía en nuestros días.

Muchos pastores tienen rebaños de cien, doscientas o más ovejas, y acostumbran a mudar de lugares de pasto, apacentando su ganado en pastizales escalonadamente situados en diferentes niveles y zonas climáticas.

Los rebaños de la Ribera suben en verano a Andía y Urbasa; pero en otras épocas siguen pastando en sus tierras o zonas bajas. Sus ovejas son de lana rizada o de raza merina.

Los rebaños del Roncal y de otros valles altos van en invierno a las Bárdenas y hacia el Ebro.

Los de Zuberoa suben a los puertos en verano y pasan el invierno comiendo las yerbas, nabos, etc., de sus valles bajos.

Las ovejas que en verano pacen en Aralar y Aizkorri (rebaños de Amézketa, Zaldivia, Cegama, Idiazábal, Cerain y Segura) descienden en invierno a las zonas bajas de Guipúzcoa y de Vizcaya (Urnieta, Jaizkibel, región de Munguía).

Esta trashumancia fue mucho mayor en épocas anteriores: el ganado era llevado a pasar el invierno en lejanas regiones a lo largo de la vieja Aquitania. Así nos lo enseña la historia.

Precisamente por estas trashumancias parece ser que una raza de oveja casi peculiar del Pirineo se halla extendida en Aquitania y en gran parte del Norte de España. Pero la trashumancia del ganado requería la del pastor. Así podemos comprender mejor por qué en otro tiempo, en la época de Estrabón, las gentes de todas estas regiones tenían una cultura semejante.

Los pastores tienen sus refugios o majadas, tanto en los valles como en los montes: viviendas para ellos mismos —casas en los valles y chozas en los montes—, y junto a ellas, rediles y corrales para sus ovejas.

Al refugio o majada llaman *saroia* o *sarobe* en gran parte del país; en Vizca-

ya le llaman *korta* o *gorta*. En el centro de la majada solía haber una gran piedra, verticalmente colocada: su nombre era *austarria*, al pie de la misma estaba el hogar del pastor.

En Vizcaya existían dos tipos de majada o *korta*: *kortanagusi* «majada principal» o de invierno, circular, de 494 metros de diámetro; *kortatxiki* «majada pequeña» o de verano, en el monte, de 244 metros. Las majadas de Guipúzcoa solían tener las mismas medidas que las pequeñas de Vizcaya. En Navarra las majadas eran cuadradas: de 100 estados de lado.

En torno a cada montaña de grandes pastizales existen asociaciones de pastores o de poblaciones ganaderas creadas para distribuir justamente el disfrute de los pastos. Así tenemos la Sociedad de Guibijo (en Cuartango), las de Badaya, Urbasa y Andía, las de Izkiz, Léniz, las dos de Aizkorri, las parzoneras de Aralar y Enirio, las de Urumea, Añea y Orumbe, las de Leizarán y Sayaz y las facerías de las poblaciones próximas al eje pirenaico desde el Océano hasta la Piedra de San Martín.

El pastoreo sigue aún teniendo su importancia en el País Vasco; pero va decayendo mucho en los últimos lustros. Los pastores ven mermadas sus ganancias y van entregándose a la industria, que consideran más lucrativa y menos incómoda.

La ganadería casera va también retrocediendo en muchas comarcas, y los miembros de la familia que antes cuidaban el ganado se dispersan en diversos talleres o fábricas y la estructura económica del grupo se altera. Con esto la sociedad familiar sufre un cambio profundo y las tradiciones que mantenían las mutuas relaciones de padres e hijos se debilitan y pierden su antigua influencia.

El ganado que se cría en las casas —el vacuno y el porcino— y el que pace en los montes, apenas bastan para las necesidades locales. En los últimos tiempos el número de habitantes —y de consumidores— ha aumentado mucho en nuestro país por exigencias de la industria y de otras actividades. Pero no se ha multiplicado en igual medida la producción indígena de los artículos alimenticios. De ahí el gran desequilibrio, patente sobre todo en Vizcaya y en Guipúzcoa, que se ven obligadas a importar muchos alimentos, exportando, naturalmente, numerosos productos aquí elaborados.

AGRICULTURA

Hemos conocido una agricultura muy extendida en el País Vasco, aunque las tierras no labradas han sido siempre más extensas. Ella es aún el medio de vida para muchos y una necesidad para todos.

Además del labrador, cuatro factores tienen su influencia en la agricultura: la tierra, el clima, los viejos métodos y la demanda de contorno.

El País Vasco tiene en sus flancos las tierras más abiertas y llanas, principalmente en la región meridional. La superficie es irregular y montañosa en las zonas próximas al eje pirenaico. Nuestra agricultura tuvo sus orígenes en los valles del Ebro y de la Aquitania, y siglo tras siglo han ido extendiéndose de

ahí hacia las montañas, invadiendo los pastos y el antiguo dominio de la ganadería. Y este proceso ha continuado hasta nuestros días.

El clima no es igual en las regiones periféricas y en las montañas; tampoco lo es en la vertiente atlántica y en la vertiente del Ebro.

Los métodos de labranza son también distintos en las regiones Ribera-Rioja y en las comarcas próximas a la zona axial del Pirineo: allí emplean el arado, la rastra y los caballos (hoy día los tractores) para labrar la tierra; aquí se emplea la laya (hoy casi desaparecida), el arado, la rastra y las vacas o bueyes (hoy generalmente el motocultor y el tractor en zonas llanas).

La actividad del campo responde en gran medida a las demandas del contorno. Las exigencias de Bilbao y de Pamplona —leche, carne, hortalizas— no se asemejan ni en cantidad ni en calidad a las de Amescoa o Larrau. De ahí la gran variedad de modos de explotación, de trabajo y de productos. En un lado, el maíz, los pastos y, casi hasta hoy, la castaña y la manzana y el ganado son los productos más importantes del campo; en el otro, el trigo, la patata, la cebada, la viña y el olivo: unos y otros se complementan.

El trabajo del campo tiene sus fatigas. Primeramente hay que artigar; es decir, cavar la tierra con azadón, arrancar los arbustos, recoger las malezas, arrancar raíces, hacer montones con toda esa broza y quemarlos. Después se siembra el trigo o la patata. Para la siguiente siembra se labra el campo con el arado o la laya (hoy con el tractor), luego se desmenuza la tierra removiendo con la rastra, se siembra y se cubre la semilla.

En el siglo pasado (también hoy en algunas regiones) tras la recolección de la cosecha dejaban en barbecho el campo durante un año o más, para que descansara y se enriqueciera para la siguiente siembra. Hoy no se deja baldía la tierra, sino que se vuelve a labrar y se abona con estiércol de los establos o con abono mineral para sembrar inmediatamente nabo, trébol o alguna otra semilla.

Todavía se siembra en nuestras tierras trigo, haba, maíz, patata, alubia, cebada, centeno, nabo, alfalfa, trébol, remolacha, etc. En cuanto al trigo, hoy se siembra solamente en la mitad Sur, y el maíz principalmente en la otra mitad.

Es muy notable el aprovechamiento del arbolado, principalmente el roble, el pino (hoy más que nunca), haya, el castaño (ahora muy escaso), manzano, la viña, el cerezo, el olivo, el avellano, el nogal, etc.

Los instrumentos de labranza usuales son: el arado (instrumento que tenemos desde la edad del hierro), la azada, la cuchilla o *nabar*, la laya, la rastra, el rastro de siete púas, el hacha, etc., todos ellos conocidos hace siglos en el país. Instrumentos modernos: el tractor, la cosechadora, la segadora, la sembradora, etc.

En nuestras regiones montañosas las labores del campo y las cosechas son relativamente escasas, las tierras pertenecientes a cada casa son harto exiguas. Por lo tanto, las familias necesitan otro complemento para poder vivir. Por eso, en siglos pasados, los hombres más robustos de cada casa dedicaban al menos una parte del año a la industria, a la producción de carbón o a alguna

otra actividad. Hoy ocurre también algo semejante, aunque no exactamente igual: las actividades que antes eran complementarias ocupan hoy un primer puesto y las labores del campo se han relegado al segundo lugar, al menos en muchos sitios.

Sin embargo, en el sur de Navarra y en el centro de Alava, en la Ribera y en la Rioja, la agricultura sigue siendo el medio de vida más importante, aun cuando mucha mano de obra va a las fábricas y a otras actividades.

La ganadería ha sido el modo de vida predominante en las regiones montañosas del país desde hace muchos siglos. Parece ser que la agricultura, de origen más reciente aquí, se extendió lentamente, penosamente, desde los valles inferiores a través de los flancos de las montañas: los ganaderos ponían freno a la propagación de la agricultura.

La toponimia nos indica con frecuencia cómo se realizó esta transformación. Las primitivas casas o casas matrices están señaladas con nombres simples: Arrondo (Ataun), Gomensoro (Ataun), Argaitzea (Sara), Ithurbide (Sara), etc. La casa matriz, primitivamente granja pastoril, artiga más tarde la tierra de su contorno convirtiéndose en casa de labranza.

Esa casa tiene en el monte o en pastizales elevados su majada, con choza de pastor, corral para el ganado, etc.: un sel o establecimiento veraniego. Si ésta es de la casa Gomensoro, se llamará *Gomensoro-saletxe*; si es de Ithurbide, *Ithurbideko-borda* (siendo equivalentes *saletxe* y *borda*).

La choza del monte, con su borda y redil se transformó en vivienda permanente para que un hijo o hija de la casa matriz o algún inquilino la disfrutara. El nuevo usuario labra a su vez las tierras de contorno, convirtiendo la granja pastoril en casa de labranza, y logra en otra zona de pastos un sel o majada veraniega para su ganado, con choza, borda, cortijo, etc. Este nuevo establecimiento, si es de Gomensoro-saletxe, se llamará *Gomensoro-saletxeko-borda*; si es de Ithurbideko-borda, se llamará *Ithurbideko-bordako-ardiborda*. Así pues, *Ithurbide*, *Ithurbideko-borda* e *Ithurbideko-bordako-ardiborda* son nombres que designan tres fases del proceso de un sistema económico o de un modo de vida que va propagándose de abajo hacia arriba: la agricultura que sustituye a la ganadería, obligando a ésta a buscar nuevos campos donde pueda sobrevivir.

PESCA

La pesca es otro modo de vida. El pescador consigue en nuestros ríos (en los que aún no se hallan contaminados) truchas, anguilas, bermejuelas, cangrejos y salmones (hoy pocos). Los instrumentos que utilizan son: anzuelo con aleta o anzuelo sin aleta con su caña e hilo, redes y barredera.

La pesca del río fue antaño un medio de vida: hoy sólo es una diversión.

La pesca del mar es de suma importancia en nuestro pueblo, sobre todo en la zona costera. Son muchos quienes se dedican a la captura del pescado y, sobre todo, quienes se emplean en labores derivadas de aquélla.

Hay dos grupos de trabajadores en la pesca: los pescadores y los marinos. Aquéllos apenas se alejan de la costa; éstos, sí.

Los «pescadores» capturan principalmente merluza, sardina, anchoa, atún y besugo. Conocen las calas de la región y persiguen a los peces que se concentran en ellas.

El marino, en cambio, se aleja, se parece a los pescadores que antaño iban a la pesca de la ballena y del bacalao en los mares del norte. Suele vivir largas temporadas en el mar, ausente de su casa.

Las embarcaciones del País Vasco, tanto las de vela como las de remo (chalupas, lanchas, traineras) han sido fabricadas en nuestros astilleros.

Ahora salen de nuestros puertos numerosas embarcaciones mecanizadas: barcos de vapor, chalupas motorizadas, parejas y bous (también fabricados aquí) que van a la pesca de bacalao, merluza, besugo, atún, anchoa, sardina, berdel, chicharro, chipirón, etc.

Las redes, los anzuelos, los arpones y demás utensilios de pesca son fabricados en los pueblos de la costa vasca.

La recolección de moluscos —lapas, almejas, mejillones, magurios, percebes, etc.— es labor que se efectúa en las orillas del mar. Antes (casi hasta hoy), durante la cuaresma bajaban incluso los caseros de pueblos alejados de la costa a recoger moluscos. Hemos visto montones de conchas junto a caseríos: restos de mariscos consumidos en cuaresma.

La pesca y la vida del mar son peligrosas en muchos casos. Pescadores y familiares viven a menudo bajo el fantasma de la desgracia. Su dura tarea les recuerda con frecuencia que su vida no depende de ellos mismos. Nada tiene de extraño, pues, que el pescador eleve su pensamiento a un nivel que trasciende a este mundo y que en sus aprietos y peligros se acuerde de Dios. En las tierras de la costa son muchas las ermitas cuya visión ayuda a los pescadores vascos a elevar su pensamiento y sus plegarias a Dios. En los momentos de peligro van los recuerdos y las miradas hacia Begoña, Gaztelugatx, Antiguako Ama, Iciar, Santa Engracia, Kizkitza, Sokorri, etcétera.

Los pescadores tienen sus sociedades para asegurar la ayuda mutua en casos de necesidad, de enfermedad, desgracias, etc., y para la venta del pescado.

Hoy el pescado se reparte rápidamente: desde luego en las plazas, y gran parte se transporta en camiones a ciudades alejadas. Pero antaño eran muchas las mujeres que con cesta sobre su cabeza iban pregonando y vendiendo el pescado en los pueblos, mientras que los arrieros lo llevaban a sitios más lejanos.

Hoy se lleva mucho pescado al mercado. Su abundancia ha abierto el camino hacia las grandes ciudades (Madrid, Barcelona, etc.) y ha creado fábricas de conservas y puestos de trabajo en San Juan de Luz, Guetaria, Mctrico, Zumaya, Lekeitio, etc.

INDUSTRIA Y SUS CONSECUENCIAS

La artesanía no es de hoy. Todo lo relacionado con la artesanía, sobre todo

sus instrumentos de trabajo, han sido siempre huella y recordatorio del hombre de su época.

Tales instrumentos, bien sean de piedra o bien de hueso, han conseguido perdurar a través de milenios hasta nuestros días. Con frecuencia son ellos el único testimonio de los hombres que vivieron aquí durante largos períodos prehistóricos.

Los más antiguos son de piedra. Pero para labrarlos eran necesarios constancia y arte: sólo tras largo aprendizaje se consigue realizar obras de este género.

Por lo tanto, en los tiempos primitivos había por lo menos dos modos de vida: la caza y la artesanía o industria.

El pedernal y otras piedras duras, material necesario para la manufactura y fabricación de utensilios de trabajo, existían y aún existen en muchos lugares a lo largo del País Vasco. Por ejemplo, en el monte denominado *Soihartza* (en Uhart-Mixe), en *Kurtzia* (Barrica) y sus alrededores, en Urbasa, en Andía, en Balzola, en Samiano, etc.

Nuestros antepasados tenían ahí sus talleres y lugares de trabajo, y de ahí llevaban el material a los poblados y ofrecían y vendían su labor y sus utensilios. Así lo demuestran las lascas de piedra y los instrumentos que hallamos en las canteras y en las moradas de los hombres prehistóricos.

Durante muchos milenios sólo se fabricaban utensilios de piedra, de madera y de hueso. Más tarde apareció el metal. Quizás fue el cobre el primero. En Baigorri y sus alrededores existen pozos y minas abiertos para extraer este metal. Desde luego son muy antiguos: según dice Palassau, en esos lugares se han hallado monedas anteriores a la era cristiana.

No lejos de este lugar —en Banca— son también conocidas unas minas de las que se ha extraído hierro: tal vez son de la época romana o anteriores.

En las minas de Arditurri trabajaron los mineros en la época romana: así nos lo demuestran las lámparas y vasos allí encontrados.

Las escorias que hemos descubierto en Sarracho de Albaina en las capas de época romana, son también huellas de la extracción de aquellos tiempos.

La montaña de hierro de estas regiones, que menciona Plinio, debe ser sin duda la zona minera de las proximidades de Bilbao.

Los trabajos de minería y fabricación del hierro continuaron ciertamente a lo largo de la Edad Media, aunque hasta hoy no tengamos noticias de ellos, si no es de sus postrimerías.

La importancia que ha tenido esta actividad en el País Vasco aparece claramente en los nombres toponímicos. He aquí algunos: *Meatse* «mina» (en Biddarray), *Meatzeta* (en Urnieta), *Peazulo*, *Mauzulo* «galería de mina» (en Ataun), *Aska* «trinchera y galería de minas» y *Askaata* (en Ataun), *Mena*, *Menagaray*, etc.

Ya sabemos que la actividad minera y la fundición e industria del hierro continuaban aquí durante el siglo XI (según el fuero de San Sebastián). También en Legazpia y Mondragón durante el siglo XII.

Posteriormente se extendió aún más este modo de vida en nuestro país. A él se debió que se abrieran caminos para la circulación y transporte y que se multiplicaran aquí numerosos puestos de trabajo: ferrones, mineros, arrieros, boyeros, carboneros, etc.

En los primeros tiempos se montaron las ferrerías allí donde se hallaban las minas y los combustibles (bosques), para fundir allí mismo los metales y darles el primer formato. Eran los *aizeola* «ferrería de viento»: funcionaban con la fuerza humana y la del viento. En los montes Teillamendi y Lurgorri, de Mondragón, podemos ver aún hoy en día las minas, dos hornos y grandes montones de escorias. Otro tanto tenemos cerca del caserío Arrola, de Cerain. Según cuenta la leyenda, eran los gentiles los mineros y los ferrones que allí trabajaron.

Más tarde estas ferrerías se instalaron junto a los ríos. La fuerza del agua movía más fácilmente los fuelles y los martillos. Este tipo de ferrería se denominaba *zearrola* y fue multiplicándose después del siglo XIV.

Asegura Henao que en el siglo XVI había en Vizcaya y Guipúzcoa 300 ferrerías, y Lafarga nos dice que en el siglo XVIII trabajaban en Vizcaya en las ferrerías y para las ferrerías 14.000 hombres.

Desgraciadamente, las guerras con su derramamiento de sangre y enormes gastos fueron perjudiciales para las ferrerías, y hacia finales del siglo XVIII fueron cerradas éstas y decayendo la minería en nuestro país.

En el extranjero, en cambio, las ferrerías iban avanzando: comenzaron a trabajar con máquinas de vapor recién inventadas, e introdujeron como combustible el carbón mineral. Así el extranjero superaba a nuestro país en esta actividad.

La demanda del mineral de hierro fue aumentando a nivel mundial. Por otra parte, el mineral de Vizcaya era muy adecuado para la fabricación del acero, mediante el nuevo método de Bessemer. Esta particularidad suscitó nuevamente y aumentó el pedido del mineral de Vizcaya, de los que el primero fue encendido con el fuego llevado de una vieja ferrería de Galdames.

Las costumbres y conocimientos que dejaron hábitos y habilidades en el pueblo los antiguos ferrones, ofrecieron ambiente adecuado a las grandes fábricas que se levantaron luego.

Y esto no sólo en Bilbao o en otras grandes ciudades del país, sino también de modo especial en los valles y aldeas de Guipúzcoa y Vizcaya.

Las máquinas han cambiado la agricultura y han aliviado sus trabajos. A pesar de ello, las fábricas y sus empleos han contribuido a la decadencia de la agricultura y han absorbido la mayor parte de la mano de obra del caserío.

La misma ganadería ha cambiado también notablemente: antes el ganado pacía en los montes; hoy, la mayoría (salvo las ovejas y algunas yeguas) se halla estabulizada.

Ahora las industrias y las máquinas exigen que cada actividad esté dividida en varias secciones; cada sección exige un trabajo especial y obreros especializados. De este modo el trabajo aporta productos más abundantes, mejores y

más baratos. Por eso muchas de nuestras artesanías antiguas han desaparecido en estos últimos años o han disminuido al menos en gran parte: carpinterías, herrerías, molinos, etc.

Han desaparecido también muchos instrumentos y actividades: roturación de nuevas tierras, el layado, fabricación del carbón y de la cal, fabricación del pan casero, el uso del arado y cuchilla (en euskera *golde-nabar*), destripar los terrones, la siembra del trigo y del maíz (en muchos lugares), la escarda del trigo, el corte del helecho, hacer escobas de hierba, desperfollar el maíz, la colada en tinajas, la hilandería doméstica, etc.

Veamos concretamente algunos aspectos de estos cambios. Por ejemplo, ciertos detalles de un pequeño pueblo: Atáun.

A principios del siglo pasado tenía Atáun 1.940 habitantes (*Diccionario Geográfico Histórico de España*, tomo I, Madrid, 1802).

A mediados del mismo siglo vivían allí cerca de 3.000 habitantes. Casi todos eran labradores, de los que muchos tenían, como complemento económico, trabajos de sierra y fabricación de tampones de madera para cubas en los montes. El carbono de otra época había disminuido mucho.

A principio de este siglo había 2.700 habitantes. De éstos 110 eran obreros o jornaleros que vivían en casas sin tierras: 5 molineros, 4 herreros, 6 carpinteros, 7 u 8 canteros, 2 zapateros, 4 tejedores, varios comerciantes y otros que trabajaban en diversas labores complementarias.

Los demás eran labradores y pastores. Complemento de éstos y única ocupación para otros, era el carbono: esto daba empleo durante seis meses al año a 250 hombres.

En 1924 vivían en Atáun 2.500 personas. Casi todas las familias eran labradoras y ganaderas; había 113 carboneros, formando grupos, repartidos en los montes de Atáun y en los de otros pueblos; 110 obreros trabajaban en las fábricas de Beasain y de algunos otros pueblos; 30 empleados provinciales (miqueletes y camineros) repartidos en Guipúzcoa; 31 muchachas ocupadas en el servicio doméstico (las más en San Sebastián); 15 soldados; niños y niñas repartidos en cinco escuelas. Todavía estaban en activo los antiguos molinos, tres herreros, media docena de canteros y otros tantos carpinteros.

En 1970 tenía 2.600 habitantes. Eran labradoras y ganaderas 220 familias; 650 obreros se empleaban en las fábricas del contorno; 150 en diversos servicios; una docena de jóvenes como *interinas* asalariadas en casas particulares y en tiendas, mesones y tabernas; otros tantos muchachos en una escuela profesional y en el instituto de segunda enseñanza.

Hemos detallado algunas ocupaciones. Señalemos ahora algunos rasgos de la economía casera: el año 1894 el alimento diario de un carbonero (talo, habas y queso) costaba 0,50 ptas., y ganaba un jornal de 2 ptas.; en 1910 la misma comida costaba 0,60 ptas., y el jornal era de 3 ptas.; en 1924 la comida valía 1 peseta, el jornal (del carbonero como del fabricante) era de 7 ptas.; en 1935 la misma comida costaba 1,25 ptas., y el sueldo era de 10 ptas.; en 1955

la comida y el sueldo eran de 13 y 123 ptas. (si bien la comida usual en las casas de obreros costaba a la sazón 170 ptas.) y el sueldo era de 533 y 600 ptas.

Por lo tanto, las ganancias son hoy superiores para quienes vivan al modo de antaño. Pero el consumo sube a su vez: lo que antes era supérfluo hoy parece necesario. Esto disminuye y anula las diferencias entre ganancias y gastos. Y, naturalmente, las tensiones sociales aumentan.

Este proceso tiene en la práctica un aspecto de graves consecuencias: en lo que es resultado del esfuerzo de todos, los medios de producción y la distribución de las ganancias se hallan en manos de pocos. Ello crea en la sociedad desequilibrios económicos y perpetúa una situación que Cristo había denunciado y condenado en la parábola del rico y del pobre Lázaro.

Por otra parte, la dispersión de los miembros de la familia en diversos talleres y a diferentes horas y el hecho de que cada cual gane su sueldo y disponga de su peculio, contribuye a la merma de las relaciones entre los componentes de una casa. Se aflojan los lazos familiares, disminuye la autoridad y el señorio de los padres y se debilitan la unidad y el ascendiente de la familia.

De este modo, los nuevos modos de vida han traído un cambio fundamental a la sociedad. Antaño, la casa era el sostén de la vida económica y de la cultura; hoy se está imponiendo una sociedad que tiende a marginar lo tradicional.

LA CASA Y SUS FUNCIONES

Hoy en día los refugios y las viviendas son de carácter permanente en el país, al menos en aldeas y caseríos. Viviendas temporarias suelen ser las chozas de pastores, de carboneros y leñadores que trabajan en los montes, etc., muy abundantes en los tiempos antiguos, a causa sobre todo de la práctica de la trashumancia del ganado.

Entre las moradas de los ganaderos o pastores había antiguamente dos clases: majada principal o de invierno y majada pequeña o de verano. En cada una de ellas había albergue de pastor y albergue para el ganado. Las chozas de los pastores trashumantes de hoy nos recuerdan bastante el modo de vida de los antiguos. Ahora la choza de pastor es un refugio de verano, levantado en lugar resguardado, en sitio soleado, en una planicie bien abrigada, en un collado entre montes.

La choza de pastor, de planta rectangular, está hecha con pared de piedra, techo a dos aguas formado con viguetas, brezos y tepes. Su fachada, generalmente bajo frontón con un portal cercado con pared. En el interior, el primer departamento con fogón y camastro; en el fondo, la quesera.

Al lado de la choza existen: un recinto —ordeñadero— rodeado de pared; en un costado, el corral, también cercado con pared; a veces, detrás de la choza, la cochiguera.

En el corral se recogían antaño las ovejas durante la noche; hoy no se hace esto, desde que desaparecieron los lobos.

Este tipo de chozas pueden verse en Urbía, en Aralar, en Entzia, en Urbasa y en otros lugares.

Más rudimentarias que estas chozas son las llamadas *zotolak*, hechas con palos y tepes. Son pequeños albergues levantados por aquellos pastores que, sin majada permanente, circulan por la montaña con sus ovejas, parando pocos días en un mismo pastizal.

Cuando los ganaderos comenzaron a labrar las tierras de las majadas, sus chozas y rediles se transformaron en viviendas permanentes, en casas de labradores.

Las antiguas casas del país tienen hechura similar a las de las chozas pastoriles. Pero son más grandes, con cocina y algunos dormitorios, con establo en la parte posterior o en un costado, encima un desván destinado al heno y a diversos productos agrícolas.

Siendo la casa vivienda de una familia, es generalmente el aglutinante de muchas generaciones. De ahí le viene a la casa el ser símbolo de un linaje, recuerdo y sostén de los moradores actuales y de sus antepasados.

Asociado a la casa nos llega un tipo de humanismo: la solución que han dado los vascos a los problemas fundamentales humanos. Y como símbolo de tal humanismo, tiene la casa su propio nombre y personalidad.

Esta singular calidad de la casa aparece en sus derechos y funciones. La casa es refugio y vivienda de sus moradores; su lugar de trabajo y de descanso; es testigo de sus comunes alegrías y penas; recuerdo de sus antepasados; sombra protectora, templo y sepultura de cuantos nacieron en ella; símbolo y sostén de un humanismo que estructuró durante milenios la mentalidad y el comportamiento de los vascos.

Hemos dicho «templo y sepultura», porque la casa recuerda a Dios constantemente, según creencias que nos vienen asociadas con ella; porque en la casa han rezado tributando culto a Dios sus moradores y porque los vascos la han considerado como lugar de descanso de sus antepasados.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que los vascos, por tradición y por ley, hayan procurado conservar la casa intacta y entera; que ésta con sus tierras se perpetuara asociada a una misma familia; que cada casa tuviera en la iglesia su parcela reservada y su sepultura, etc...

Los vascos, aun hoy en día, realizan los actos más destacados de su vida en su casa o en el sitio que, como prolongación de su morada, tienen en la iglesia y ante la tumba de sus antepasados. Tales son las oraciones y ofrendas a sus familiares difuntos de todos los tiempos, los bautizos, las bodas, los funerales, la entrada en la casa o la asociación de un nuevo miembro a la familia, diversas oblações y ceremonias de sentido religioso, etc.

LA FAMILIA

La casa y sus moradores. La familia es la sociedad de personas que llevan la misma sangre y están vinculadas a una misma casa. La forman los padres, los hijos y los antepasados.

Estos tienen su casa como albergue, lugar de trabajo y reunión, templo y

sepultura. Y esta casa y las tierras que le pertenecen han mantenido fuertemente unidos a los miembros de la sociedad familiar allí asentada.

Los padres han gobernado y administrado la casa. Los padres eligen el sucesor; pero —ya lo hemos dicho— deben transmitírsela íntegra al heredero o no deben enajenarla sacándola del tronco familiar. Así era costumbre y ésta ha sido mantenida hasta nuestros días en muchos lugares. Los padres, según esto, no eran propietarios de la casa, sino usufructuarios.

Cuando el hijo o hija que va a heredar la casa, contrae matrimonio, es generalmente el momento en que los padres le nombran como tal heredero.

Ocurre con frecuencia que dos matrimonios vivan en la misma casa —el de los padres y el de los herederos— formando una asociación o familia doble. Siendo la familia una asociación de vivos y de muertos, los nuevos esposos que han heredado la casa se unen a sus antepasados haciendo una visita a su tumba, rezando allí y presentando ofrendas.

Ambos esposos son dueños de todos los bienes que han aportado a la familia y de todos los que luego puedan ganar. Y cuando uno de ellos ha fallecido teniendo descendencia, el otro toma la dirección de la casa y de la familia y elige el sucesor.

Estas tradiciones fortalecen el ascendiente de los padres, así como la autoridad, el respeto y el miramiento hacia el *etxeakoandre* «señora de la casa».

Todo esto nos conduce a recordar de nuevo que cada casa ha sido base de una familia, vivienda, taller, lugar de reunión de los vivos y difuntos de ella, lugar de paso de quienes de generación en generación están unidos por la misma sangre y las mismas tradiciones, sostén de las más altas esperanzas y símbolo de una sociedad familiar.

Ahora, sin embargo, parece que esta realidad y esta visión de la casa se nos han desdibujado o desenfocado bastante. Antes los miembros de la familia vivían íntimamente unidos por el mutuo cariño y por la mutua ayuda en el trabajo y en el provecho común; pero hoy los más andan desperdigados, cada cual por su cuenta, en su taller, en su trabajo y en sus ganancias. Apartados de la casa y de los suyos y obligados a trabajar en diferentes talleres, disponiendo cada cual de su peculio y relacionándose tanto o más con personas extrañas que con las de su familia, ven relajarse los lazos que antes les unían con la casa. Además, las facilidades de circulación o de traslación a cualquier sitio, las fiestas y diversiones de la calle, las sociedades, los bares, las tertulias de amigos, lo solicitan constantemente; los diarios, la radio y la televisión acaparan a ratos su atención. Todo esto contribuye a que se enfríen los hogares, a que sean menos cordiales que antaño sus relaciones familiares y a que se hallen más alienados.

Esta situación y este comportamiento han deshecho la unión y la armonía en muchas casas y han hecho desaparecer el cariño familiar entre sus miembros. Este cambio, ya lo hemos indicado, tiene sus causas y antecedentes cuya búsqueda y estudio podrá realizarse objetivamente, cuando se investigue seriamente el fenómeno de la transición contemporánea de nuestra cultura.

Este proceso no va orientado, sin embargo, en el mismo sentido en todas partes. No van todos por el mismo camino que hemos trazado. Hay todavía quienes tienen respeto a cuanto tiene de positivo la tradición de su casa y prefieren el calor de la casa al de la calle. No olvidan que han nacido en casa, han crecido en ella y se han educado principalmente en ella.

LA VECINDAD

La casa es una unidad dentro de otra mayor, que es la vecindad. Esta es, desde su origen, ayuda y complemento de la casa. Pero el primer vecino —la casa más próxima en el camino de la iglesia— suele ser el más obligado en ciertos casos como de enfermedad, nacimiento, boda, defunción, entierro y funerales.

Cuando en alguna casa ocurre una desgracia, aparece la asistencia vecinal así como en necesidades apremiantes: en caso de enfermedad, muerte, etc., de una persona; en caso de pérdida de algún ganado, en caso de incendio, en trabajos de urgencia o de gran envergadura como artigar, segar el trigo, trillarlo, desperfollar la maíz, layar la tierra, alimentar la calera, etcétera. El vecindario se reúne para diversos trabajos comunes, como la reglamentación del aprovechamiento de los pastos, arreglo de caminos y otros. Todos estos trabajos están reglamentados por la costumbre. Pero ésta —sobre todo en lo que respecta a la asistencia vecinal— hoy aparece harto debilitada, porque cada miembro de la comunidad se ve con frecuencia más comprometido con otras entidades como seguros, mutualidades, etc.

LOS MUNICIPIOS

Montes, valles, llanuras y otras tierras más o menos accidentadas forman muchas comarcas de nuestro país. Y ahí está situada la población vasca con sus barrios, pueblos y aldeas.

Tras la vecindad, que es el primer complemento de la casa, viene el pueblo, asociación más amplia con sus caminos, tierras, ríos, pastos y bosques, con su ayuntamiento, iglesia, mesón y escuela, alhóndiga, taberna y tertulias de amigos.

Las casas y las vecindades que forman el pueblo tienen quehaceres comunes y problemas que resolver entre todos: disfrute de pastos, aguas y bosques comunales; el envío del ganado al monte; hacer nuevos caminos y arreglar otros; establecer los servicios médicos y farmacéuticos al servicio de la comunidad; mantenimiento y fomento de buenas costumbres; organización de fiestas y diversiones, etc.

El pueblo es la asociación de cuantos organizan y llevan a cabo en cada comarca todas estas actividades, trabajos y proyectos. Pero su forma o traza no es la misma en todos los casos. Antiguamente se reunían en concejo todos los vecinos o jefes de familia. Estos decidían qué postura había que adoptar ante los problemas planteados en el pueblo. Hoy no van al ayuntamiento a decidir o tomar acuerdos, sino a recibir órdenes conforme a decisiones tomadas por

uno o por varios vecinos que acaso no han sido autorizados por el pueblo para hacer sus veces.

Hay también casos en los que dos o más pueblos o valles contiguos tienen intereses comunes, como el disfrute de determinados montes, derecho al aprovechamiento de algunos pastizales, arreglo de caminos, etcétera. A eso responden las asociaciones o uniones de pueblos, facerías y parzonerías tan numerosas aun ahora en nuestro país. Los montes y, sobre todo, los pastos suelen ser los núcleos o ejes de tales uniones. Así ocurre en las uniones de Guibijo, Lakozmonte, Izkiz, Badaya, Gorbea, Urbasa, Irukutzeta, Aizkorri, Alzania, Ernio, Aralar, Larrun, Baigura, Irati, Apanize, Auski, Soroain, etc.

Las huellas de viviendas, tumbas y lugares de reunión de los hombres prehistóricos las hallamos en esos montes, los fondos de cabaña, como sirviendo de bases y antecedentes de las actuales majadas pastoriles. Los dólmenes y los cromlechs son los principales testimonios de sus establecimientos y aun de sus creencias y de sus modos de vida.

En estos mismos lugares tenemos también huellas visibles de nuestros antepasados más recientes —sin contar los establecimientos pastoriles actuales— como son, por ejemplo, tantas ermitas y cuevas «santas», entre las cuales citaremos: San León de Toloño, San Killiz y San Tirso, Nuestra Señora de Beolarra, Nuestra Señora de Codex, San Formerio, San Bartolomé de Izkiz, Santorkaria y Sarracho (en Laño y Albaina), Santa Engracia de Guibijo, la cueva de la Trinidad, Santa Marina de Badaya y Arrato, San Víctor de Entzia, Santa Marina de Urbasa y Andía, San Donato de Beriain, San Adrián de Andía y Aratz-Aizkorri, la Cruz de Gorbea, la Cruz de Aizkorri, Santa Marina de Elguea, Santa María de Erkude, Irukutzeta, la Cruz de Ernio, San Miguel de Aralar, Santispiritu de Larrune, Salbatore del camino de Irati, Nuestra Señora de Auski, Nuestra Señora de Soihartzeta, Santa Magdalena de Arane, Nuestra Señora de Muskilda, etc.

Estas ermitas y montes cruzados han sido, sobre todo en los últimos tiempos, lugares de reunión y de oración de muchos de nuestros pueblos y barrios. Consagrados a lo largo de los siglos para refugio y remedio de los peligros y necesidades de la vida, son recordatorios de las preocupaciones y pensamientos fundamentales del hombre y símbolos de la esperanza de una vida feliz, conforme a aquel dicho: la enseñanza de los que fueron y la visión del porvenir nos orientan y mueven en este mundo.

LEYENDAS; OPINIONES Y MITOS

No hay por qué decir que los vascos han tenido un común modo fundamental de apreciar y de responder a los problemas que las necesidades de la vida y el ambiente les han planteado. Lo que no impidió que hubiera diferencias de matiz en sus apreciaciones.

Hay muchas cosas en el mundo que el hombre ha conocido hasta cierta medida, que ha llegado a dominar y que ha puesto a su servicio. Esto parece patente en la práctica de la artesanía, de la industria y de sus modos de vida, en

los que ha ido progresando conforme iba racionalizando en cierto modo el mundo en torno.

Desde los primeros tiempos el hombre va aprendiendo a dominar la tierra, el agua, el fuego y demás fuerzas de la naturaleza.

Sin embargo, no nos es conocido todo el universo. Lo que percibimos con los sentidos es una parcela del mismo y, en ésta, la superficie de los objetos. Las raíces y fuentes de las cosas y de los hechos están más lejos. Nos parece que la realidad del ser se halla siempre más allá de los fenómenos que observamos mediante nuestro examen: no alcanzamos el fondo. Lo ocurrido a quienes buscaban los fines del mundo es reflejo de cuanto nos ocurre en nuestros ensayos. En efecto, una leyenda vasca nos dice que hubo una vez tres hermanos que salieron a buscar los confines del mundo: «iban e iban». Creían a veces hallarse cerca de los últimos hitos del espacio, corrían jadeantes por el camino; pero no llegaban a su término y no lograron dar fin a su tarea. Pero esta marcha no era inútil: el descubrir nuevas tierras era un progreso.

Es que en la medida en que conocemos la naturaleza, la dominamos y la ponemos a nuestro servicio. Y más allá de esa medida barruntamos —no lo vemos— el otro lado del mundo. Pero lo que percibimos nos enseña claramente que tanto nosotros como el mundo que nos rodea dependemos de alguien que nos trasciende. Este pensamiento aparece como cimiento y sostén de la estructura fundamental de la etnia vasca: es decir, que dependemos de Dios.

Muchas veces ha ocurrido, sin embargo, que las fuerzas o energías actuantes en este mundo aún desconocido, han sido consideradas como directamente movilizadas por otros tantos seres trascendentes. Así el hombre ha poblado su entorno con numerosos seres antropomórficos, duendes y númenes. Y asociados a éstos han llegado hasta nosotros toda clase de cuentos, leyendas y costumbres: muchos de ellos conocidos aquí desde muy antiguo; otros, creados o elaborados recientemente.

Hay leyendas y costumbres que nos llegan como vertebradas por viejas creencias, de signo mágico y animista. He aquí algunas: quemar algunos granos de sal o ciertas semillas para curar infartos u otras hinchazones; realizar costuras simuladas sobre miembros distendidos o fracturados para curarlos; llevar colgado del cuello, como amuleto protector, carbón recogido del fuego de hogar doméstico; encender una vela símbolo de la persona que se supone haber robado algún objeto, para causarle algún castigo; colocar un cardo silvestre, símbolo del sol, en la puerta principal de una casa para proteger a ésta; decir una maldición contra una persona, nombrándola, para acarrearle algún perjuicio; llevar fuegos de San Juan o antorchas de Navidad a los campos y al establo para ahuyentar a los espíritus malignos, etc.

Algunas leyendas tienen como protagonistas a ciertos genios o seres míticos de su prosapia. Tales son los designados con nombres como *irelu*, *irela*, *iratxo*, *idittu*, *eate*, *gaueko*, *inguma*, *maide*, *mari*, *basajaun*, *basandre*, *torto*, *intxixu*, etc. Estos se caracterizan por sus diversas actividades, por los lugares o moradas que habitan, por las formas en que aparecen, etcétera.

Los genios que andan bajo tierra, o casi todos los que aparecen en las cavernas y simas, tienen apariencia de animales: vaca, cerdo, caballo, cabra, etc. Así son los númenes que producen truenos o tormentas, los que aparecen en las cuevas de Otsibarre (Game), de Lexarriguibele (Alzay), de Sara, de Aizpirtarte (Ataun), de Askaata, de Ubedi, de Usategi (Ataun), de Putteri (Aralar), de Aketegui (Cegama), de Supelaur (Gorbea), de Oquina, etc. De todos estos genios el más nombrado es Mari, que aparece con frecuencia en apariencia y con vestido de mujer, sobre todo en Amboto, Aketegui, Muru, Agamunda, Arroibeltz (Ascaín), etc. se ha creído que presentar ofrendas a estos genios era provechoso para los campos del oferente, para su ganado y para sus familias.

Muchas de las leyendas y costumbres relativas a tales genios se hallan relacionadas con algunas estaciones y épocas del año. Tales son: el tronco o tea de Navidad, el fuego del Año Viejo, el fuego de San Juan y el rocío, el agua, las flores, las hojas de fresno, el espinoso y el avellano de ese día; la lluvia de primavera, la caída de hojas en otoño, etc.

Respecto a diversas técnicas, existen mitos bastante extendidos todavía en el país. En ellos podemos observar cómo los nombres de algunos santos siguen siendo recordados con tanta frecuencia. Esto ocurre a propósito de ciertos adelantos técnicos o sus patentes de invención que fueron robados a los genios (señor de la selva, demonios, etc.). Así nos dicen que San Martintxiki robó del granero de Basajaun las primeras semillas de trigo de las que se propagó este cereal por el mundo; cómo le robó también, mediante un ardid, el secreto de otros inventos: la sierra, la soldadura de hierro, el eje del molino, etc.

El herrero de Mondragón consiguió matar con una barra de hierro candente al dragón que se había adueñado de aquella región. Y el herrero de Ataun, con unas tenazas de hierro consiguió alejar a los genios, tras haber dominado a un hombre-lobo.

RELIGION Y HUMANISMO

No es fácil descubrir el origen de las leyendas a las que nos hemos referido arriba. Pero sus destellos, a ratos harto amortiguados, nos muestran un mundo conceptual y un sentido humano que trascienden a la pura materia.

Por otra parte, la visión del mundo y la experiencia de nuestra vida hacen que surjan en nuestra mente preguntas como éstas: «¿qué soy?», «¿de quién dependo?», «¿quién decidió la existencia del hombre?», «¿para qué?», «¿cuál es mi destino?», «¿cómo he de conducirme en el mundo?».

A este propósito es frecuente oír en nuestros pueblos sentencias como ésta: «No dependemos de nosotros, sino de alguien que nos trasciende a nosotros y al mundo en que vivimos: es decir, de Dios.»

He ahí la raíz y principio de nuestro humanismo: reconocer a Dios como nuestro principio y referencia final, buscar el camino que mejor nos conduzca a El y aceptarlo. Tales son las fases de un proceso y los capítulos de un programa general que ha estructurado el comportamiento de los vascos.

Todo ello nos llega sin duda con sabor y ropaje cristianos; pero no podemos

negar que se halla prendido de costumbres y dichos anteriores al Cristianismo, constituyendo raíz permanente o una «constante» del humanismo vasco.

Ya sabemos que al principio de nuestra historia ese fondo del humanismo vasco aparece un tanto desdibujado por el animismo, por el politeísmo y por la magia. El Cristianismo lo reavivó, elevándolo a un nivel sobrenatural y presentando a Dios en la persona de Cristo, como modelo supremo para el comportamiento humano. Es sabido que «no son normas abstractas las que configuran el alma y diseñan los derroteros de la acción, sino los modelos concretos de individualidades valiosas».

Y los vascos fueron desligándose del animismo y empezaron a expresar su viejo humanismo en términos cristianos, tomando a Cristo como pauta y ejemplar para su conducta, y el amor como base de los valores en los que se asienta el orden jurídico y moral y como aglutinante principal de la convivencia humana.

Enraizados ahí, los vascos han mantenido la fe y la esperanza cristianas hasta hoy, reconociendo que nuestro quehacer en esta vida —conocernos y conocer el mundo y ponerlo a nuestro servicio— es un caminar hacia un término feliz y que nuestras acciones, nuestros sufrimientos y la muerte misma son fases de un proceso que desemboca en una situación de eterna paz y bienestar. Vemos, pues, cómo sobre el universo del vasco aparecen destellos de una esperanza.

Nuestra actual iglesia, nuestras parroquias y santuarios son una floración de la semilla que el Cristianismo sembró aquí desde tiempos antiguos. Son más de seiscientos, sólo en Guipúzcoa, las iglesias, ermitas y topónimos de sentido religioso; en Alava llegan a dos mil quinientas.

Muchos montes del País Vasco, así como numerosos pueblos y campos, muestran claras huellas de sentido cristiano. Por ejemplo: Maidalena de Arane, Burdinkurutzeta, Donazaharre, Donaixti, Doneztebe, Doniane, Donostia, Doniturrieta, Kurutzeaga, Kutzeberri, Kutzemendi, Gurutzeta, Kruzeta, Krutzia, San Donato, San Formerio, San Bartolomé, San Juan de Artia, San Adrián, San Martín, Santa Bárbara, San Killiz, Santa Margarita, Trinidad, Salbatore, Santa Agata, Santa Marina, Andra-Mari, etc.

Esta perspectiva cristiana de nuestro pueblo va descendiendo en nuestros días. El respeto que sentía antaño el vasco hacia la Iglesia ha disminuido considerablemente a partir de la guerra que estalló en 1936. Quizás se enroñaron fuertemente los conductos por donde debieran circular la fe, la esperanza y, sobre todo, la caridad de que dio ejemplo Jesucristo y que era la base de nuestros valores humanos.

La fe cristiana se enfrió y la caridad languideció. Y por ese camino han ido desde entonces, en descenso ininterrumpido. Aun las mismas costumbres que guardaban su apariencia antigua se están perdiendo en estos últimos años.

Con esta situación desde luego o antes de ella se iban ensombreciendo los viejos símbolos del humanismo y de la religión. Por eso muchos de los nuestros, que recibieron aunque borrosa, la imagen cristiana de un programa general de la vida, quedaron sin base y sin asidero para erigir y consolidar seria-

mente su personalidad. No es extraño todo esto, si tenemos en cuenta que mucha gente se mueve en una vorágine de ideas y sentimientos de las más variadas procedencias que tienden a alienar y a despersonalizar a cuantos caen en su ruedo. Hacia éste nos empujan las facilidades de viajar, los mil quehaceres fuera del ámbito familiar, los periódicos y otras lecturas, la radio, la televisión, las salas de fiestas, el cine, los juegos públicos y, en general, la sociedad de consumo en su afán de colmar, con vanas ideas y satisfacción de todas las tendencias vegetativas, la total capacidad humana.

Todo esto va cuarteando el edificio de nuestra cultura tradicional: la religión, la casa, la vecindad, las tradiciones y la lengua de los vascos. No lo ha destruido totalmente. Todavía subsisten los cimientos y las columnas de esa nuestra cultura tradicional y son aptos ciertamente para estructurar los modos de vida de nuestro pueblo, para vigorizarlos y darles un sentido auténticamente vasco: en ello tenemos fundada nuestra esperanza.